

L.—Seamos formales....

E.—*Riendo sin cesar.* Es que á mi me hace mucha gracia imaginar que estamos aquí como esfinges, muy callados, sin esperar nada.... Usted, Lozano, un monolito. *Explosión de risa.* Yo, otro monolito, muy serios, sin esperar nada. ¡Qué gracioso! *Sigue riendo, luego se lleva las manos al pecho fatigada de reír.* ¡Ay! Vamos, seamos formales, como usted dice.. Tenía tantos deseos de reír.... Muchas gracias, Lozano....

L.—*Serio, pero galante.* Me gusta que ría usted, Elena. Se pone usted adorable. Se sienten locos deseos de besar su risa.

E.—*Fatigada todavía.* ¿Sí? ¡Vamos, ¿persiste usted en la idea de hacerme la corte?

L.—*Jovial.* No, Elena. Es usted digna de que la hiciera el amor el mismo Apolo de carne y hueso y, sin embargo, yo no emprendería esa amable tarea.... no la he emprendido nunca....

E.—*Picada.* Gracias. Cada quien tiene sus ideas.... ¡Y usted naturalmente las suyas!

L.—*Sonriendo.* ¡Sí! Yo no haría la corte así á la ligera á una encantadora mujer como usted. Es peligroso. Usted está en la deliciosa edad de casarse y yo no pienso por ahora.... vamos, que he decidido permanecer célibe toda mi vida.

E.—*Nerviosa.* Está bien, yo aplaudo sus propósitos, Lozano, coincidimos en esta manera de ver las cosas.

L.—Usted también se propone permanecer soltera? *Cómico.*

E.—Sí.... *Furiosa.* ¡Los hombres son unos bribones!

L.—*Riendo.* Pues coincidimos también en este punto. Yo creo que las mujeres son unas pícaras.

E.—¡Gracias! *Muy agitada.* Me alegro de que pensemos lo mismo. *Estrujando su pañuelo.* No sabe usted la alegría que me causa encontrar una persona de mis ideas.

L.—¿Aunque sea brutal como yo? Porque confiese usted que yo les llamo...

E.—*Interrumpiéndole.* Sí, al pan, pan y al vino, vino. Cierto; mejor, así soy yo también: ¡franquísima!

L.—*Casi interrumpiéndola.* ¡Y graciosísima! Mire usted, que á fuerza de alejarnos por nuestros propósitos, nos acercamos por nuestras ideas. *Riendo.* Tendría gracia, Elena. Esto sí que tendría gracia. Dos enemigos que se unen estrechamente... por sus ideas, á fuerza de ser opuestas. *La mira riendo.* Elena, Elena, ¿no le parece á usted que estamos de buen humor?

E.—*Alzando los ojos, secamente.* Sí.

L.—Dice usted «sí» de tal modo... ¿Se ha enfadado usted? *Serio. Una pausa.* En ese caso la pido mil perdonos... ¡No fué mi intención, Elena!

E.—*Pálida y queriendo sonreír.* Oh. No, nada tengo que perdonar, Lozano. Pienso, sí, que á veces debe resultar muy duro oír estas cosas demasiado claras. Pienso que si, como he sido yo, se hubiera tratado de una mujer que le amara á usted, ¡qué desencanto hubiera llevado la pobre! *Riendo.* Afortunadamente no estoy en ese caso.

L.—¿Dice usted «afortunadamente»? *Compungido.*

E.—Ya lo creo; usted acaba de confesar que detesta el género...

L.—¡Poco á poco! El género es encantador. Lo que me causa miedo es el matrimonio...

E.—*Con coquetería.* ¡Libertino!

L.—¿Qué quiere usted! Yo no he creído jamás en las manoseadas cadenas de rosas, en el amoroso yugo, en la felicidad que se comen dos seres como si fuera una chuleta. Pregúntelo usted á los maridos. Es claro que entrando la prosa de la vida ordinaria por la puerta, la poesía del idilio tiene que escapar por la ventana. Además, la uniformidad, la monotona... una misma boca... unos mismos